

**EGEA BRUNO, Pedro M<sup>a</sup>.** y **GARCÍA HOURCADE, José Jesús (coords.)**, *Antonio Bonmatí i Caparrós (1830-1907)*, Fundación Centro de Estudios Históricos e investigaciones Locales Región de Murcia, Murcia, 2001, 158 pp.

La Fundación Centro de Estudios Históricos de la Región de Murcia viene exhumando desde hace años la vida de personajes de relieve bajo el epígrafe de Murcianos para el Recuerdo. Ese fue el caso de D. José Musso y Valiente.

Con buen criterio se aborda en esta ocasión la trayectoria vital de una de las figuras señeras de la Cartagena cantonal que, sin embargo, ha sido objeto de un lamentable olvido por parte de instituciones y particulares.

Nacido en Aspe en 1830, dejará este mundo en 1907. Profesor de primera enseñanza tendrá su primer nombramiento en 1860 para una escuela pública en Mazarrón. Llegará a Cartagena en 1863 y acto seguido pondrá en pie el colegio de San Leandro. Una institución modélica en su género, donde se aplicarán los métodos pedagógicos de Pestalozzi.

Ferviente progresista, realizará una edición divulgadora de la Constitución de 1869. Su preocupación humanitaria le llevará a revitalizar la comisión cartagenera de la Cruz Roja, tarea que quedó ultimada en 18 de mayo de 1873. Como presidente de aquel establecimiento vivirá la insurrección cantonal, realizando una activa labor tanto en los combates marítimos como en tierra. Organizará hospitales de sangre y pondrá en marcha el primer buque-hospital de la historia: el vapor de ruedas *Buenaventura*, que inaugura su actuación el día 13 de octubre de 1873. Su ejecutoria filantrópica también se dejará sentir en otros campos. Tras sus gestiones para la suspensión de hostilidades, se encargará de una buena parte de la asistencia médica y sanitaria de la localidad, y se creará, a petición suya, una cocina económica para atender a la numerosa población indigente que se hacina en la urbe levantina. Persona de indudable prestigio social, su intervención será decisiva en la comisión negociadora que firmó la capitulación. Una gestión que nadie le agradeció. Meses más tarde —en agosto de 1874— tuvo que abandonar la ciudad. Iniciará a continuación un largo peregrinar por la geografía peninsular. Se instalará en Sevilla, donde obtuvo una modesta plaza en el escalafón municipal. De allí pasará a Barcelona. Nuevos infortunios lo llevarán a Valencia. Finalmente volverá a Mazarrón para ejercer la enseñanza.

La Cartagena que le tocó vivir a Antonio Bonmatí Caparrós va siendo ya bien conocida. Las fuentes manejadas permiten abrigar escasas dudas sobre el alcance y contenido del Cantón cartagenero. Fue un gesto exclusivamente político, de signo burgués y, en considerable medida, socialmente reaccionario. No tardarían en manifestarse discrepancias de base en cuanto a intereses y objetivos entre el proletariado y la pequeña burguesía republicana.

El dominio de una importante plaza fuerte y el control de la escuadra permitirá ofrecer un cobijo seguro a la directiva escapada de Madrid. También extender su influencia sobre

el amplio sector litoral comprendido entre Alicante y Almería, hasta alcanzar los confines de los importantes cantones de Valencia, Málaga y Granada. De este modo, Cartagena actuará como capital de la República federal, al acoger al Directorio Provisional de la Federación Española, pronto convertido en Gobierno Provisional.

Las dificultades se presentaron desde un primer momento, ante la escasez de medios económicos para sostener la plaza. Con objeto de extender la rebelión y recoger dinero y víveres se emprenderán expediciones marítimas y terrestres, aunque con un escaso haber. Si las primeras provocan la intervención extranjera —consecuencia del Decreto de 20 de julio que declara piratas a los navíos cantonales— las segundas sólo consiguen adhesiones puntuales, ya que a los pocos días los pueblos conectados retornan a la obediencia del gobierno central.

Los agobios subirán de tono cuando en agosto se inicie el acoso. Se encarga del mismo Martínez Campos. En un principio no se producen avances de consideración. Quizá por ello, Castelar dio la orden de bombardear la ciudad, operaciones iniciadas en 26 de noviembre.

Por Decreto de 10 de diciembre de 1873 la campaña fue encomendada a López Domínguez, que arriba el día 12, organizando con una gran inmediatez la línea de bloqueo por tierra. Desde entonces los progresos son visibles. Junto con ello, el desaliento y las desavenencias comenzarán a hacer mella entre los sitiados. Sendos extremos culminarán en 3 de enero, cuando el golpe de estado de Pavía acabe con la postrer ilusión de ver establecida la Federación en España. Poco después, el día 6 tiene lugar la voladura del Parque de Artillería y en la noche del 10 se rinde el castillo de Atalaya. Todo estaba perdido. El día 12 se firma la capitulación y los individuos de la junta se embarcan en la *Numancia* rumbo a Mazalquivir.

Para profundizar en la vida de Bonmatí Caparrós y en su tiempo se ha contado con un selecto elenco de especialistas, cuyas ponencias —dictadas en la Asamblea Regional de Cartagena entre el 13 de noviembre al 1 de diciembre del 2000— son recogidas en el presente volumen.

Juan Antonio Lacomba perfila con su contribución —«Consideraciones sobre el Sexenio Revolucionario»— una coyuntura crucial en la historia contemporánea de España. Avance hacia la consolidación de una economía liberal burguesa y tránsito de la monarquía isabelina a la monarquía restaurada alfonsina. Todo ello acompañado por dos guerras civiles y una guerra exterior colonial.

Juan B. Vilar establece el marco espacio-temporal de los años emergentes de Bonmatí. Su aportación —«El Sexenio Revolucionario y el Cantón Murciano»— traza un estado de la cuestión historiográfica y establece las causas del fracaso de la experiencia local. La revolución fue controlada en todo momento por unas clases medias desprovistas de sensibilidad social, lo que explica la desconfianza del naciente Movimiento obrero. Con todo, un amplio sector popular apoyó el proyecto cantonal.

Por su parte Christian Mansó, nos trae —«El mundo de Bonmatí visto por Azorín»— las coordenadas vitales y literarias de un testigo privilegiado de los últimos años que le

tocó vivir a nuestro protagonista. Una España muy alejada de sus planteamientos políticos y sociales. Su amargura debió ser inmensa.

Diego Victoria Moreno en «El *colegio San Leandro* de Cartagena y la renovación pedagógica de su tiempo», rescata su faceta de profesor de Instrucción Pública. Lo hace a través de un análisis de los parámetros pedagógicos de la segunda mitad del siglo XIX, momentos en los que Bonmatí proyectaba su peculiar manera de entender la docencia.

Carlos Ferrándiz Araujo, en su ponencia «Buenaventura. Primer buque hospital de la historia», aquilata su vertiente filantrópica, su visión humanista de la salud y de la enfermedad. Una concepción de los valores humanos y éticos que le llevará a impulsar la creación del primer buque hospital de la historia.

Antonio Pérez Crespo y José María Rubio Paredes —«Bonmatí. Un héroe cantonal olvidado»— abordan el estudio global del protagonista de estas jornadas. Tarea nada fácil, dado que no le interesó *pasar a la historia*, que no pretendió ningún cargo, honor y prebenda, ni dejó apenas obra escrita. Es, antes que nada, un hombre de acción modesta. Sólo aparece en primera línea cuando estalla el Cantón y desaparece para siempre cuando éste finaliza.

**Pedro M<sup>a</sup> Egea Bruno**

Universidad de Murcia

**ARÓSTEGUI, Julio; BLANCO, Juan Andrés:** *Castilla y el 98*. Julio Arostegui y Juan Andrés Blanco (Edición). Diputación Provincial de Zamora - UNED, 2000. 262 ps. (24 x 17)

La puesta en contacto con la fecha de 1898, o con sus inmediaciones, suscita referencias a una serie de acontecimientos diferentes pero aparentemente interconexiónados: una guerra colonial; una contienda internacional pronto culminada con una estrepitosa derrota naval, el llamado por antonomasia Desastre; una conmoción del alma española —el «dolorido sentir» en palabras de Azorín— que implicó la culminación de una crisis finisecular y la entrada en la nueva centuria con un talante presidido por la desesperanza y la incertidumbre; una escuela, generación o grupo literario capaz de alumbrar nuevas ideas e iniciativas; y una actitud colectiva, el llamado regeneracionismo, que iba a marcar el curso histórico de buena parte del siglo XX. No obstante, ¿por qué la pérdida de la dieciseisava parte del otrora imperio ultramarino español provocó una conmoción nacional incomparablemente superior a la pérdida de los inmensos dominios continentales en el primer tercio de la centuria ochocentista? La complejidad de matices en la respuesta a tal consideración evidencia la resonancia del acontecimiento.

Si las efemérides constituyen un buen pretexto para abordar desde nuevas perspectivas los eventos y los fenómenos del pasado, en el caso del 98 fueron muchas las